

*Martes Santo, 7 abril 2020*  
*Meditación de la mañana*

1. Nos ponemos en la presencia del Señor.
2. Rezamos, si tenemos en casa el Breviario o la aplicación de internet, la oración de Laudes o, en su defecto, la Hora Intermedia correspondiente.
3. Meditación. Para estos días hemos de seguir con libertad el esquema propuesto para ayer lunes o el siguiente:
  - Imaginar que estamos junto a Jesús en el momento de la traición.
  - Escuchar, atentamente, lo que dice y dejarnos cuestionar por su palabra.
  - Pedir la gracia de permanecer siempre fieles a la amistad del Señor.
4. *Lectura del Evangelio: La traición (Jn 13,21-30)*

Jesús, profundamente conmovido, dijo: «Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar». Los discípulos se miraron unos a otros perplejos, por no saber de quién hablaba. Uno de ellos, el que Jesús tanto amaba, estaba reclinado a la mesa junto a su pecho. Simón Pedro le hizo señas para que averiguase por quién lo decía. Entonces él, apoyándose en el pecho de Jesús, le preguntó: «Señor, ¿quién es?». Le respondió Jesús: «Aquel a quien yo dé este trozo de pan untado». Y untando el pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón el Iscariote. Detrás del pan, entró en él Satanás. Entonces Jesús le dijo: «Lo que has de hacer, hazlo pronto». Ninguno de los comensales entendió a qué se refería. Como Judas guardaba la bolsa, algunos suponían que Jesús le encargaba comprar lo necesario para la fiesta o dar algo a los pobres. Judas, después de tomar el pan, salió inmediatamente. Era de noche.

5. Para la meditación personal.

Judas, traidor. «¡Más le valdría a ese hombre no haber nacido!». Son palabras de Jesús. Entonces, ¿por qué tú, Dios, dueño de la vida, permitiste que tu criatura viera el día y se dejase invadir por las tinieblas? La más oscura de las noches, la noche de Judas. ¿Exigía la Pasión de tu Hijo que un discípulo de Jesús estuviese a sueldo de sus adversarios y actuase como un sicario? «Es para que se cumplan las Escrituras».

¿Justifica este argumento el que hubiese nacido bajo la mala estrella de la fatalidad? ¿Por qué fue elegido él para realizar lo que estaba decidido por anticipado? ¿Qué libertad tuvo?

Judas, ladrón. Tenía en mano la bolsa ... Jesús, ¿por qué elegiste corno apóstol a un estafador?

Judas, vendido. Dios entregado por unas míseras monedas de plata. El Iscariote plantó sus labios rígidos en la cara del justo con toda la impostura de la humanidad. ¡Dichoso beso!, rictus de la muerte en el alma.

Judas, ahorcado. ¿Cómo creer en la salvación universal si uno solo es rechazado? ¿Es creíble la palabra de Jesús a Zaqueo: «He venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido»? ¿Podemos creer en la oveja perdida?

Judas: en él vive el demonio. ¿Por qué tú, Jesús, que pasaste tanto tiempo expulsando demonios, dejaste que el diablo lo poseyese, puesto que Juan precisa que

«Satanás entró en él»? ¿Por qué no lo echaste? Tu sangre, derramada por la multitud, ¿no lavó la desesperación del ahorcado? ¿No eran suficientemente largos los brazos de la cruz como para acoger a Judas en tus brazos y besarlo con un beso reparador? ¿Era demasiado tarde? ¿Demasiado tarde, incluso para un Dios en su eternidad?

Quizá, Padre de toda misericordia, no hayas dicho todavía tu última palabra. El único modo de salvar a un desesperado ¿no es seguir teniendo esperanza en él? ¿No podía hacerla el Dios de la compasión?

6. Nos preguntamos:

¿Cuándo traiciono y vendo al Señor? ¿Experimento que la mediocridad en mi vida cristiana me expone a la tentación e, incluso, al pecado? ¿Intuyo que, a veces, la preocupación por las cosas materiales me alejan del Evangelio? ¿He tenido la impresión alguna vez de vivir en la oscuridad y en la noche del alma?

¿Te duele la traición al Evangelio de tantos bautizados?

¿Qué actitudes y acciones consideras importantes para no caer en la tentación de vender a Jesús?

7. Terminamos con la lectura del libro de las Confesiones de san Agustín para dar gracias a Dios porque Él nos mantiene en fidelidad y toda nuestra vida es puro regalo de Dios:

*«¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva!»*

«¡Oh eterna verdad, verdadera caridad y cara eternidad! Tú eres mi Dios, por ti suspiro día y noche. Y, fuiste Tú quien me elevó hacia ti, para hacerme ver que había algo que ver y que yo no era aún capaz de verlo. Y fortaleciste la debilidad de mi mirada irradiando con fuerza sobre mí, y me estremecí de amor y de temor; y me di cuenta de la gran distancia que me separaba de ti, por la gran semejanza que hay entre tú y yo, como si oyera tu voz que me decía desde arriba: “soy alimento de adultos: crece, y podrás comerme. Y no me transformarás en substancia tuya, como sucede con la comida corporal, sino que tú te transformarás en mí”.

Y yo buscaba el camino para adquirir un vigor que me hiciera capaz de gozar de ti. Y no lo encontraba, hasta que me abracé al mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también Él, está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos, que me llamaba y me decía: Yo soy el camino de la verdad y la vida...

¡Tarde te amé, Hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y tú estabas dentro de mí y yo afuera, y así por fuera te buscaba; y, deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que Tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo. Reteníame lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no existirían. Me llamaste y clamaste, y quebrantaste mi sordera; brillaste y resplandeciste y curaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y lo aspiré, y ahora suspiro por ti; gusté de ti y tengo hambre y sed de ti; me tocaste, y deseé con ansia la paz que procede de ti».

8. Rezamos el Ángelus o una oración espontánea que recoja el sentido de nuestra meditación.